

Gómez-Correa, surrealista activo*

MARTIN CERDA

Presidente de la
Sociedad de Escritores de Chile

Con el título de *To Mayo* (*Oasis Publications*, Toronto, 1980), publicó Enrique Gómez-Correa una *plaquette* en homenaje al artista surrealista Mayo. Esta comprende, además del texto español original, una versión inglesa y otra francesa, ambas de Beatriz Zeller, y cinco ilustraciones del homenajeado. Fechado en abril de 1978, en Santiago de Chile, este escrito de Gómez-Correa respira igualmente bien en cada una de las tres lenguas escogidas.

Hay un *equívoco* Gómez-Correa que ya es hora de ir subrayando, afrontando y, en lo posible, despejando. Cofundador del grupo *Mandrágora* (con Braulio Arenas, Teófilo Cid y Jorge Cáceres), autor de más de 15 libros, traductor de Apollinaire, sociólogo (espontáneo) de la locura y figura clave en la historia hispanoamericana del movimiento surrealista, Gómez-Correa es casi una sombra en las “historias”, manuales y antologías más usuales de la literatura chilena. Se dirá, sentenciosa o razonablemente, que nadie es profeta en su tierra, pero este tópico ha servido, en todas partes, para enmascarar o justificar las mayores incomprendiciones y las incompetencias más flagrantes.

Analizando su temprano escrito *La Violencia* (1937), Stefan Baciu sostenía que este poema en prosa de Gómez-Correa “puede ser considerado como un Manifiesto de la Generación Surrealista Latinoamericana”. No es un juicio cortesano. Baciu es, posiblemente, el más acucioso investigador del surrealismo hispanoamericano, autor de su más completa *Antología*

*Tiene vigencia este comentario escrito en 1980 por Martín Cerda, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, erudito en literatura universal y autor de numerosos ensayos, cuentos y críticas literarias.

(entusiastamente recibida por Octavio Paz) y, asimismo, autor de un valioso ensayo sobre Gómez-Correa (*Enrique Gómez-Correa, poeta de la violencia*, que figura como pórtico a *Poesía explosiva* (1973), cuidadosa muestra de la obra del autor entre 1935 y 1973).

“Puramente surrealista en 1937 —decía Baciu—, cuando escribió *La Violencia* (Gómez-Correa), sigue siendo surrealista hasta hoy. Es uno de los dos o tres poetas que aún lo son en América Latina, hasta después de la muerte de Breton. Y, tal vez, el único genuino”.

Lo que llamo, pues, el *equívoco* Gómez-Correa es, en verdad, la consecuencia de una representación equivocada o, más exactamente, aberrante de lo que ha sido la actividad surrealista desde sus proposiciones iniciales hasta hoy. Se olvida (y, con alguna frecuencia, se ignora) que la *revolución* surrealista pasó por las escrituras, formas y estilos, como la Revolución Francesa pasó por las sociedades, las ideas y los lenguajes: como un vértigo, explosión o sismo estupendo y, a la vez, intimidante.

Hace 30 años, aun en París, las más porfiadas ortodoxias solían coincidir en extender un certificado de defunción del surrealismo. Por los mismos años, sin embargo, aparecía el *Almanaque surrealista de medio siglo*, Breton publicaba un importante volumen de ensayos (*La Clé des Champs*) y André Pieyre de Mandiargues y Julien Gracq obtenían dos de los más preciados premios literarios de Francia. En París, por otra parte, pintaba Roberto Matta y escribía Octavio Paz. “El surrealismo podría morir —apuntaba certeramente Breton— sólo si naciera un movimiento más emancipador”.

El lector joven de hoy que descubre (en Nueva York o Caracas, en Tokio o Ciudad de México, en París o Valparaíso) los primeros escritos de Leiris, Artaud, Crevel, Desnos o Peret, por esquivar la consabida trinidad Breton, Aragón y Eluard, reconoce en ellos su propio vértigo frente al mundo, la vida y la escritura. Cosa igual ocurre, en esta tierra confinal, cuando lee los textos “mandragoristas” de Arenas, Cáceres, Gómez-Correa y Cid. Ellos constituyeron un gesto augural, una escritura sin censura, libremente escogida y construida, casi *pánica*.

No es un azar, desde luego, que el editor de *To Mayo* sea Ludwig Zeller, escritor y artista surrealista chileno radicado en Canadá hace una década. En Chile hizo lo que pudo por mantener en pie la actividad surrealista (publicaciones, exposiciones, ciclos de conferencias) y obtuvo siempre sólo una respuesta indiferente o arrogante. Pienso que es hora, en verdad, de ir reordenando los panoramas de nuestra literatura, devolviéndole a cada autor la efectiva significación que tiene su obra dentro de la creación cultural chilena de este siglo. El caso de Gómez-Correa es, sin duda, una de las devoluciones más urgentes e imburlables.